

CAPITULO VI.

La Concepcion

EL día siguiente, al despertar la aurora, casi todos los habitantes de Guanahani y aun de algunas islas inmediatas, que tenían noticias de la llegada de sus salvadores, como ellos los llamaban, sin temor de ningún género y ávidos de contemplar aquellos bajeles que en su vida habían visto, se acercaron á ellos nadando uenos, y otros á bordo de ligeras canoas formadas con el tronco de un árbol, y que manejaban diestramente.

Su principal deseo era ver á los extranjeros, tocar sus vestiduras, adquirir cualquiera de los objetos que les daban, no porque los consideraran como de gran valor, sino porque les parecía que tenían una virtud sobrenatural.

Ya lo he dicho ántes: para ellos, tanto sus salvadores como las prendas de amistad que les daban, provenían del cielo.

Aunque era poco lo que podían darles en cambio de aquellas preciosas reliquias, se apresuraban á ofrecerles toros domesticados, grandes objetos de algodón perfectamente hilado, y tortas de una especie de pan, llamadas cazabe, que constituían la parte principal de su alimento, y que fué despues uno de los artículos de primera necesidad para los españoles.

Este pan estaba hecho con una raíz llamada, *yuca* que cultivaban en sus campos, y cortaban en pequeños pedazos, pre-

parándolas y prensándolas despues hasta que se endurecían. Para comerla era preciso endurecerla ántes.

¡Cosa extraña! El agua que destilaba al prensarla era un mortífero veneno.

Aquel pan era insípido pero muy nutritivo.

Colon y su gente volvieron á la isla todos con ánimos de adquirir más nociones acerca de las costumbres de aquellos indios, y sobre todo de saber dónde encontraban el oro que formaba una parte importante de sus adornos.

Los indios lo cambiaban de buen grado por cuentas de vidrio y cascabeles, y cada cual de los tripulantes reunía los que podía para hacer su negocio.

Mientras que los marineros empezaban á hacer sus lucrativas transacciones, Colon con su estado mayor visitó más despacio la isla, y vió que era muy grande, muy poblada de sabrosos árboles, con abundantes aguas, y una grande laguna en medio.

Ninguna montaña había en ella, por más que era tan dilatada su extensión.

En la dificultad de entenderse con los que seguían á Colon y á los suyos, que era Inahaiguani y una porción de indios y de indias, recurrió Colon al lenguaje de las señas.

—Mirad, les dijo, sacando su espada y mostrando la empuñadura que era una cruz, esta santa señal habeis de adorar.

Y cogiendo á uno de ellos que se presentó sumiso, le hizo hincarse de rodillas delante de la espada.

Instantáneamente todos los demas le imitaron, como dando á entender que comprendían que aquel símbolo era el que debían de adorar en lo sucesivo.

Notó ademas el almirante en todos ellos un gran deseo de pronunciar las mismas palabras que pronunciaban ellos, y enseñóles varias palabras, haciendo que todos se diesen el nombre de *cristianos*.

Acercóse á Inahaiguani, y señalando los sarcillos de oro que llevaba pendientes de las narices y orejas, le preguntó de dónde sacaba aquello.

El indio comprendió en seguida la pregunta, y volviéndose hácia el Sudoeste dió à entender que hácia allí se hallaba el oro, y por el gesto y por la accion comprendió Colon que los habitantes de los países que indicaba eran mortales enemigos de los de aquella isla, que de en cuando en cuando se acercaban á ella para combatirlos, y que los adornos de oro que llevaban podian considerarse como verdaderos triunfos guerreros porque se los arrebatában á aquellos de sus enemigos que perecian á sus manos.

Después de recorrer toda la isla y de ver en todas partes demostraciones de júbilo, é indicaciones como de que fueran á aniquilar á sus enemigos del Sudoeste, volvió Colon con los suyos á las carabelas, y enterado del comercio que habian hecho los marineros y los pilotos, les prohibió traficar en oro sin su permiso expreso, por ser aquel producto regalía de la Corona, y extendió la prohibicion al tráfico de algodón, que reservó también para los reyes al tratarse de considerables cantidades de este producto.

No agradó mucho á aquellos hombres la prohibicion.

Por un momento habian creído que podrian poseer legalmente cuanto pudieran adquirir, y no faltó quien murmurara.

Pero inmediatamente dispuso Colon que todos entregasen los productos indígenas que habian adquirido durante el día, ordenando además que fuesen depositados todos en el navío almirante, y designó una guardia especial para que custodiara y respondiera de lo que pudiera llamarse el tesoro de la expedicion.

Todos se resignaro náobedecer.

El domingo 14 de Octubre, apénas amaneció, mandó aderezar el batel de la *Santa María* y los botes de las otras dos carabelas, y tomando con ellos el camino del Nordeste, se dispuso á costear la isla para visitar su lado opuesto.

De todas partes acudian á la orilla los habitantes del país, prorumpiendo en exclamaciones de júbilo, y llevando á los extranjeros toda clase de presentes.

Parecian invitar á Colon con sus señas para que desembarcase.

Pero al ver que no los entendian, se arrojaban al agua, llegaban nadando hasta los botes, arrojaban sobre ellos los frutos que llevaban para obsequiarlos, y todo demostraba en su fisonomía y en su actitud una felicidad suprema.

Colon hizo varias observaciones á su paso, y notó que habia un espacio en la isla muy á propósito para abrigar las naves.

No contento con esto, buscó un sitio conveniente para levantar una fortaleza, lo que no pudo descubrir, porque toda la isla era llana como la palma de la mano.

De tal manera fascinó á Colon la belleza de aquel paisaje, que en una de sus cartas á los reyes les decia:

«Hay aquí huertas de árboles los más hermosos que yo ví, é tantas verdes é con sus hojas como las de Castilla en el mes de Abril y de Mayo.»

Extendió la vista por el espacio que podia abarcar, y vió numerosas islas, sin duda las que forman los Caicos, las Inaguas, chica y grande, la Mariguana, y las demas que se hallan al Oeste.

Colon se dirigió hácia una grande que vió á unas cuatro ó cinco leguas de distancia, que era el Gran Caico.

En ella tuvo la misma acogida.

Desde esta isla vió otra mayor al Oeste.

Hay que advertir que para esta expedicion habia llevado

sus tres carabelas, y llevaba en su compañía algunos indios de los más inteligentes, con los que se entendía siempre por señas.

Puso á su nueva isla el nombre de Santa María de la Concepcion, y desembarcando la visitó, como habia hecho con la de Guanahani.

Los indios que le acompañaban informaron á los de su raza acerca de quién era aquel hombre, y el mismo júbilo salió á su encuentro.

Al volverse á embarcar, uno de los indios de Guanahani, sin duda por deseo de volver á su isla, ó por temor de encontrar enemigos en el punto á donde Colon se dirigia, se arrojó al agua, encaminándose á nado hácia la orilla.

Algunos marineros botaron una lancha y corrieron en su persecucion.

Cuando llegaron á tierra, todos los que allí habia huyeron amedrentados, y los marineros volvieron llevando una canoa que cogieron á los indios, y que por lo que pudiera ocurrir, amarraron á la *Niña*.

Miéntas unos huian, otro indio se acercaba en una canoa á la *Santa María*, demostrando por las señas que hacia que queria rescatar un objeto de algodón que le habian cogido los tripulantes.

Invitáronle á que subiera á bordo y no quiso hacerlo.

Colon entónces mandó á los suyos que le llevasen á su presencia á la fuerza, y no tardó en hallarse el pobre indio, lleno de miedo, ante el jefe de la expedicion.

Pero deseoso Colon de demostrar á aquella gente que le animaban los mejores deseos en su favor, apénas le tuvo delante le regaló un birrete colorado, puso en sus brazos cuentas de vidrio y colocó en sus orejas dos cascabeles.

Adornó de este modo, con gran asombro y alegría suya

le despidió Colon, dándole ademas el objeto de algodón que pedia.

El ilustre genovés continuó despues su camino hácia el Sudoeste, porque comprendió por las señas que le hacian los indios que llevaba á bordo, que allí habia mucho oro.

Colon en aquel momento, ilusionado por el éxito de su empresa, tenia una idea muy equivocada del gran paso que habia dado.

Figurábase que los enemigos de que le hablaban los indios debian ser los habitantes del continente del Asia, los vasallos del gran Kan de Tartaria, á quien Marco Polo habia descrito como hombres acostumbrados á lidiar en las islas próximas á su territorio y á convertir á sus prisioneros de guerra en esclavos.

Si esto era así, no tenia duda alguna de que toda la parte del Sur, tan abundante en preciosidades, segun le habian indicado los mismos indios, era la famosa isla de Cipango, en cuya suntuosa ciudad, segun el mismo Marco Polo, habia un espléndido palacio fabricado con oro.

Deseoso de poder entenderse con los naturales, dispuso Colon que los indios que llevaba á bordo pudiesen servirle de intérpretes.

Viendo que todas aquellas islas no tenian bastante importancia para colonizarlas, se encaminó hácia otra bastante grande, conocida con el nombre de Inagua Grande, pero á la que el almirante, en recuerdo del rey de España, puso el nombre de Fernandina.

Al llegar, un indio de la Concepcion se habia anticipado á comunicar la nueva del arribo de los extranjeros, de la bondad de su carácter, de los regalos que ofrecian á cuantos se acercaban á ellos, y el júbilo de aquellos indígenas no fué menor que el de los de las demas islas que en el archipiélago habia visitado Colon.